

SIPRIANIDIS



carta a mis  
amiguitos  
mexicanos

1 Mar 2004

## CARTA A MIS AMIGUITOS MEXICANOS

Queridos niños:

Antes de presentarme, quiero contarles una historia.

Había una vez una familia muy pobre, formada por un hombre joven, su esposa embarazada y una hija de diez años. Los tres vivían en una casilla de madera cuyo techo de chapa, cada vez que llovía, dejaba pasar el agua que goteaba con insistencia sobre baldes de plástico.

En pleno invierno y con semejante panorama, llegó el cuarto integrante; un varón tan debilucho que enseguida tuvo meningitis y debió ser internado en el mismo hospital público en que había nacido.

Entre incubadora y respirador artificial, pasaron tres meses en que el pequeño no mostró mejoría; su padre trabajaba todo el tiempo para poder afrontar los gastos y la hermana debía faltar a la escuela día por medio para hacerse cargo de la casa como toda una señora mayor.

Un día, el médico pediatra habló con la mujer que había quedado internada con su hijo y le pidió autorización escrita para desconectar el aparato, ya que se había hecho todo lo posible, pero el bebé ya no tenía signos vitales. Entonces, ella rogó por un poco más de tiempo, pues estaba segura de que volvería al hogar con el niño vivo.

En la noche, el médico se presentó nuevamente y –perplejo- le dijo:

*- Señora: su hijo debe venir a hacer algo importante, porque acaba de reaccionar y está luchando por su vida como un león.*

Cuatro años después, el “león” estaba sentado sobre la falda de su madre, de modo tal que sólo podía ver de ella los brazos que le rodeaban y las manos que se unían por delante de sus ojos, a través de un viejo libro amarillento. En la primera página había un burrito que olía flores mientras una mariposa se le paraba en la cabeza con las alas abiertas. La voz de la mujer sonó muy dulce, pronunciando palabras musicales que al niño no se le olvidarían jamás.

*- “Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro...”*

Quién sabe... Quizás en ese momento, el niño tuvo el deseo de llegar alguna vez a ser poeta como aquel señor español, Juan Ramón Jiménez y –por qué no- escribir él mismo para otros niños. De manera que, desde muy temprano, leyó todo lo que tuvo cerca.

Ir a la escuela no fue muy fácil. Como vivía en un pueblo pobre y alejado de todo, con calles de tierra que se inundaban cada vez que llovía, muchísimas veces –más en otoño e invierno- debía dar grandes rodeos para poder llegar seco a clase. Fueron años duros, pero con mucha voluntad terminó la educación primaria y después, la secundaria y más tarde, la universidad.

Finalmente, el niño se convirtió en hombre, el hombre cumplió su sueño de ser escritor y es éste que ahora les envía una carta.

Dos cuentos míos, “Una abeja presidente” y “El poeta” fueron leídos y discutidos por ustedes en los foros. Desde Buenos Aires, Argentina, a miles de kilómetros de distancia, les quise dar las gracias a quienes han leído y a quienes han escuchado y a quienes se han reunido en tantos grupos y han escrito cientos de mensajes. Gracias a cada uno.

Sobre todo, sentí la necesidad de decirles, niños, que jamás se dejen vencer por ninguna circunstancia de la vida, sea de salud, económica, afectiva... Son sólo desafíos.

Tienen dentro de ustedes dos tesoros maravillosos; dos máquinas de precisión que funcionan fielmente desde el día en que nacieron: su cerebro y su corazón. Desarrollen ambos de la mejor manera. Aprovechen esta oportunidad inmensa -que muchos no tienen- de poder estudiar y acercarse a sus maestros; no sientan miedo de preguntar lo que no entienden; tengan siempre la humildad de pedir ayuda cuando no puedan seguir adelante y la grandeza de ayudar a sus compañeros cuando vean que alguno se ha quedado atrasado o está sufriendo por algún motivo. Muchas veces, en mi casa sucedían cosas que me ponían triste, pero al entrar al aula, las dejaba aparte para poder avanzar.

La escuela es como un largo viaje en barco que les da la posibilidad de conocer, prepararse bien, descubrir y desarrollar su capacidad, mostrar lo que son y lo que quieren ser, equivocarse una y otra vez durante años, hasta aprender. Educarse los hará libres.

No siempre es fácil. Habrá días luminosos y nublados. Pero sepan que todos, maestros y alumnos, navegan con un mismo rumbo: ser las mejores personas que puedan ser.

Gracias otra vez y les deseo buen viaje.  
**Carlos Marianidis**